

Cuentos

Uno

Clara Sánchez

El cadáver del escarabajo verde llegó a mis manos el mismo día en que papá se fue. ¿Cuánto tiempo llevaba muerto? Un par de horas, quizá. Lo cierto es que su cuerpo, liso y fosforescente, todavía estaba húmedo. El caparazón brillaba, como una piedra esmeralda, bajo la estela del aguacero de la noche anterior. Tropecé con él esa mañana, cuando salí al baño del nauseabundo salón donde habíamos parado a desayunar. Papá insistió en que no debíamos detenernos, que dieran con nosotros era cuestión de tiempo, pero madre se impuso alegando que quizá sería la única comida que podríamos permitirnos ese día, y que era muy difícil que volviéramos a encontrar un paradero como ese, en medio de la nada. Así que reí en silencio cuando nos sirvieron café tibio y soluble en unas tazas despostilladas —madre odia la vajilla gastada y el café en bolitas—, y yo, para enojarla más, asenté los codos sobre la mesa y ella me miró sin decir nada, pero los retiré enseguida porque la superficie estaba pegajosa, con migas de pan y margarina, y no me gusta la textura sospechosa que los restos de vida humana dejan en la piel.

Entré al servicio con el catzo entre los dedos. Me aseguré de que madre no alcanzara a clavarme sus rayos equis cuando me agaché a recogerlo entre el kikuyo que rodeaba el parqueadero. Adentro estaba oscuro, y del techo caía un cable del que no colgaba ningún foco. El cielo nublado se veía por un pequeño ventanuco a medio construir, y las paredes eran de ladrillo desnudo, porosas y mugrientas de cemento y otras sustancias que preferí no ver. Contuve la respiración, lo hago siempre que voy al baño, y me las arreglé para bajarme el pantalón y hacer pipí con una mano, mientras con la otra sostenía al escarabajo. No me hubiera perdonado dejarlo ir por el inodoro. Me lavé colocándolo con delicadeza en una jabonera sucia, sobre una pastilla diminuta de jabón. Al salir, vi a papá más impaciente que de costumbre, haciéndome una seña para que me apurara. Cuando trepé a la camioneta ni siquiera lo pensé: no podía abandonarlo. Sentí los ojos del escarabajo fijos sobre mí. Mientras me adormitaba en el asiento trasero, pude escuchar el sonido de su cuerpo muerto. ¿Era posible eso? Como si me hablara con un gitar de alas inmóviles, inertes.

Pensé que, si algún día volvíamos a casa, podría poner al catzo en mi colección de animales muertos. El color de sus patas haría juego con el caparazón disecado de la tortuga suicida, y las alas de la polilla que se estrelló en mi ventana. Pensé que, si volvíamos, podría seguir atesorando algo. Los fugitivos no conservan nada, pensé, y sentí pena por padre. Ha matado a un hombre, dijo ella. Fue un accidente, dijo él. Me consolé dándole vueltas en mis dedos al insecto, como si le diera cuerda a una cajita musical. Lo del olor empezó después, cuando ya nos hubimos alejado unos cuantos kilómetros rumbo al sur. Sé que íbamos en dirección al sur por la señalética que jugaba a adivinar en medio de la neblina. El olor empezó muy suave, casi agradable, casi dulce, como huele una fruta demasiado madura. Tardé en relacionarlo con el cadáver, pero cuando acerqué su cuerpo a

mi nariz, no me quedaron dudas. Era cuestión de tiempo, había dicho padre.

Empecé a sofocarme. Abrí la ventana, pero madre me retó porque la lluvia se colaba. El hedor de fruta podrida crecía y empezaba a encerrarse en el auto. Miré a madre y las cáscaras de mandarina reposando sobre su regazo, la forma en que las devoraba parecía el primer síntoma de un ataque de nervios. Fantaseé con su cara de reprobación por obligarlos a soportar el resto del viaje con el cadáver de mi amigo recién muerto. Pero ellos parecían no notarlo. Era cuestión de tiempo, había dicho él. Cerré los ojos y respiré hondo, saboreando el aroma que nos bañaba. Me imaginé que, de pronto, papá frenaría echando chispas, casi sin orillarse y me obligaría a bajarme del auto, y me abandonaría en algún punto, también muerto, de la vía. Y que entonces, ya no solo nos separarían paredes, sino también la frontera que en el punto cumbre de la huida, cruzaríamos. Y que me quedaría sola de este lado, cargando con mi amigo muerto, sin poder seguirles el rastro ni saber volver a la casa que habíamos dejado huérfana. Hay que irnos, dijo él, con las cortinas todavía cerradas. Fue un accidente, dijo ella. Lo imaginé arrastrándome de los pelos para sacarme del auto y vi a madre riéndose con gajos de mandarina colgando de los agujeros donde deberían ir los dientes.

Cuatro

El crimen es el presente. El epicentro del huracán. Esto me cuesta aceptarlo y no sé muy bien qué será de mí ahora, a dónde tengo que ir, qué voy a hacer. Sin ellos, qué voy a hacer. Papá fingía saber, pero me consta que no. Sé que todos estábamos igual de aterrados.

120

Me cuesta partir desde aquí. Recordar cómo pasaron las cosas. Aprieto los párpados, pero todo se esconde o se muestra tan nublado como ese día. Había mucha neblina y los vidrios se empañaban. Recuerdo haber dibujado figuritas con el meñique en la ventana. Dibujé a madre y a padre, pero las siluetas duraban poco, se chorreaban antes de que pudiera terminarlas, ponerles ojos, pero no bocas, para que se mirasen en silencio como siempre se miraban. Se chorreaban, padre y madre se chorreaban, y yo también, me iba con ellos, me escurría por una de las esquinas y era imposible atraparnos. También escribí palabras. De esas solo recuerdo «alcahuete» que era una palabra que sabía escribir muy bien porque con esa había ganado la final del concurso de ortografía y me habían dado una medalla frente a toda la escuela. Y la profe me había felicitado por deletrear alcahuete sin olvidarme de la h intermedia, aunque nunca me explicó qué significaba. Estaba muy feliz ese día, quizá porque nunca había ganado nada, y también porque fue antes de que sucediera todo. Antes del suicidio, porque a partir de eso la casa empezó a temblar, como si mis animales muertos quisieran decirme algo o fueran el presagio de que lo terrible estaba por suceder.

Creo que escribí también mi nombre, y el de padre y el de madre, pero la verdad no estoy segura. Llovía, la carretera se desfiguraba y eso me hacía temer por nuestras vidas, y un buen rato me entretuve aplastando el pulgar sobre el cristal para fijarme en las líneas discontinuas que dejaba mi dedo. Luego me di cuenta de que era una huella, mi huella, que estaba dejando en la ventana, la había estado dejando en todas partes. Y que yo era culpable, lo era tanto como ellos. Me entró un miedo que hizo que por un momento me olvidara de respirar y solo me acordé cuando el pecho empezó a dolerme. Entonces levanté una mano, la que tenía libre, y la agité violentamente contra el vidrio para borrar con la palma el rastro de mis dedos. Después pensé en las huellas de papá sobre el volante, las huellas de papá sobre la palanca de cambios, las manijas, el control remoto, el limpiaparabrisas, la fundita de maní salado, la lámpara, el patito de hule. Era imposible escapar, era como si una voz me lo dijera. Sería dios o la señora de los ojos que nunca pestañeaban, la voz sonaba en mi cabeza, pero era difícil identificarla sobre todo porque la voz de dios yo no la había escuchado nunca. Pensé en las cáscaras de mandarina que tenían las huellas de madre, las huellas de todos sus dedos.

121

La entomofobia es el miedo irracional a los insectos. Esta palabra la aprendí el día que armamos la casa abierta de ciencias naturales en la escuela y expusimos sobre el reino animal y yo llevé el insectario y una niña se desmayó cuando vio mi *Achaearenea tepidarioum*, y ni siquiera estaba viva la pobrecita. Le pregunté a la profe cómo se llamaba la gente que padecía esa enfermedad y ella tampoco lo sabía, pero lo buscó y leyó, entomofobia: miedo irracional a los insectos, y yo lo anoté en el cuaderno donde apuntaba los deberes. Todos los miedos son irracionales, pensé intentando tranquilizarme, mientras sostenía al escarabajo que daba vueltas entre mis dedos, incesante como el carrusel del parque.

De la detención solo recuerdo el saltamontes. Nos hicieron bajar del carro en medio de la nada y a mí me ordenaron hacerme a un lado mientras revisaban el cajón y miraban por debajo de los asientos y les hacían a padre y a madre preguntas que no entendí. Me senté en la cuneta y caí en cuenta de que aún tenía puesta la pijama, pero bajo el abrigo no se notaba demasiado. Afuera la neblina era caliente y las plantas crecían gigantes. Para no pensar en el calor ni en las ganas de quitarme el abrigo, me puse a tararear una canción. Mientras esperaba bajé la vista y espíe entre los arbustos, y entonces vi una manchita roja zigzagueando entre las hojas verdes. Era colorado y tenía la piel escamosa, dura como la de un cangrejo. Habría sido una especie nunca antes vista, una reliquia para mi colección, y me habría bastado estirar la mano para llevármelo, pero estaba vivo y yo preferí que viviera.

Clara Elisa Sánchez Pérez

Riobamba, 1994. Magíster en Escritura Creativa por la Universidad de las Artes. Ha sido invitada a las residencias artísticas *Pan con Cuento* (Cuenca, 2024), *Censo Poético* (Quito, 2024) y al encuentro de *performance* Poéticas del Movimiento (Guayaquil, 2026). Es autora del poemario *El dilema del ciempiés* (UArtes Ediciones, 2024) y coautora de las publicaciones colectivas *Pan con cuento: micro residencia literaria en el mercado* y *Pan con cuento n.º 2* (Vamos al Mercado, 2024 y 2026).